

Domingo 4º del Adviento. Ciclo B.

“María, modelo de Adviento”

Ya cercanos a las fiestas de Navidad, la liturgia de estos días nos va presentando los acontecimientos previos al nacimiento del Mesías, donde podremos comprobar la intención de Dios, su firme voluntad de salvar a los hombres y el cumplimiento definitivo de su promesa de salvación. Sin duda alguna, el Señor está con David, como está con María, y como está con todo aquél que sinceramente se abre de corazón a su Palabra. *Es necesario, por tanto, mantenerse en fidelidad al Señor que nos ha prometido la salvación*; de esta manera descubriremos la grandeza de este misterio escondido durante siglos (2ª lectura), en la que Cristo se convierte en la definitiva Palabra de Dios al hombre, su Palabra de Salvación.

En este domingo, a las puertas de la Navidad, el “**sí**” de María (Evangelio), recobra una importancia especial, porque con su aceptación y entrega al plan divino, hizo posible que la Palabra de Dios acampara entre nosotros. Hoy vemos **como el mejor modelo para acoger el nacimiento del Hijo de Dios lo tenemos en María, “la Virgen que le esperó con inefable amor de Madre”**. Ella le recibió en sí misma, como carne de su carne. Ella dijo “sí” a Dios: **“hágase en mí según tu palabra”**. Y tuvo a Cristo Jesús, en un adviento prolongado, dentro de sí misma.

Por eso, hoy, último domingo de Adviento, ocho días antes de la Navidad, la recordamos con gozo. Porque Dios la llenó de gracia, porque ella creyó y esperó, porque es madre, y fue la que mejor ha celebrado en la historia el Adviento y la Navidad. Como subrayó el Concilio Vaticano II, **María es modelo para la Iglesia; de Ella podemos aprender a ser más fieles a Jesús y su evangelio.**

No hace muchos días, leyendo a José Antonio Pagola (en la actualidad Director del Instituto Diocesano de Teología y Pastoral de San Sebastián), me encontré un escrito de él que decía así: **¿Cuáles podrían ser los rasgos de una Iglesia más mariana en nuestros días?**. Esos rasgos, él mismo los describe con estas palabras:

Una Iglesia que fomenta la “ternura maternal” hacia todos sus hijos cuidando el calor humano en sus relaciones con ellos. Una Iglesia de brazos abiertos, que no rechaza ni condena, sino que acoge y encuentra un lugar adecuado para cada uno.

Una Iglesia que, como María, proclama con alegría la grandeza de Dios y su misericordia también con las generaciones actuales y futuras. Una Iglesia que se convierte en signo de esperanza por su capacidad de dar y transmitir vida.

Una Iglesia que sabe decir “sí” a Dios sin saber muy bien a dónde le llevará su obediencia. Una Iglesia que no tiene respuestas para todo, pero busca con confianza, abierta al diálogo con los que no se cierran al bien, la verdad y el amor.

Una Iglesia humilde como María, siempre a la escucha de su Señor. Una Iglesia más preocupada por comunicar el Evangelio de Jesús que por tenerlo todo definido.

Una Iglesia del “Magnificat”, que no se complace en los soberbios, potentados y ricos de este mundo, sino que busca pan y dignidad para los pobres y hambrientos de la tierra, sabiendo que Dios está de su parte.

Una Iglesia atenta al sufrimiento de todo ser humano, que sabe, como María, olvidarse de sí misma y “marchar de prisa” para estar cerca de quien necesita ser ayudado. Una Iglesia preocupada por la felicidad de todos los que “no tienen vino” para celebrar la vida. Una Iglesia que anuncia la hora de la mujer y promueve con gozo su dignidad, responsabilidad y creatividad femenina.

Una Iglesia contemplativa que sabe guardar y meditar en su corazón el misterio de Dios encarnado en Jesús para transmitirlo como experiencia viva. Una Iglesia que cree, ora, sufre y espera la salvación de Dios anunciando con humildad la victoria final del amor.

Todo esto, *en María tenemos un hermoso ejemplo*. María es modelo de fe, modelo de esperanza, modelo en el Adviento y en la vida, modelo para la Iglesia, modelo para cada uno de nosotros; modelo porque nos anuncia el cumplimiento de las promesas de Dios en su hijo Jesús.

Esta noticia debería tener un sentido entrañable para nosotros en vísperas ya de la Navidad. Jesucristo ha nacido de una familia humana. No ha venido como un ángel, ni como un ser extraño a nuestro mundo. El Mesías ha querido tener raíces familiares concretas, nombre y apellido. María y José son los eslabones más próximos de una cadena que hace que el Señor sea hermano nuestro, arraigado en un pueblo, en una historia. Ese ha sido el plan de Dios.

Muchos, en el mundo y en nuestro entorno, no saben exactamente qué celebran en la Navidad. Harán fiesta, sí, y se regalarán cosas, y serán “oficialmente” felices. Pero... no saben ni valoran lo que celebran.

Los cristianos nos disponemos a celebrar una Navidad más profunda, a un nivel de fe. Creemos en el anuncio que a todos se nos ha hecho: **que Dios quiere salvarnos y nos envía a su Hijo**, nacido de una mujer, nacido bajo la ley. Y por eso hacemos fiesta. Y la hacemos con las mismas actitudes que hemos visto en la Virgen María: confianza en Dios, humilde agradecimiento, total apertura a su voluntad, alegría por el nacimiento del Salvador, etc. ¡Celebremos este acontecimiento!.

*Aprovechemos estos últimos días del Adviento
para prepararnos bien a celebrar el misterio del nacimiento de Cristo.*

o

*Avelino José Belenguer Calvé
Delegado Episcopal de Liturgia*